

El Carácter Cubano:

Elías Entralgo

Entralgo

La Heterogeneidad Ibérica

I.—Intento clasificativo de los estudios sobre el carácter ibérico: 1) afirmaciones de soslayo; 2) aspectos parciales; 3) exégesis totales.—Descripción general de los tres grupos; su crítica.—Análisis particular del tercero: Bunge, Frank, Madariaga; su crítica.—Mi tesis: la heterogeneidad; su confirmación en la Geografía, la Etnografía y la Filología Comparada.

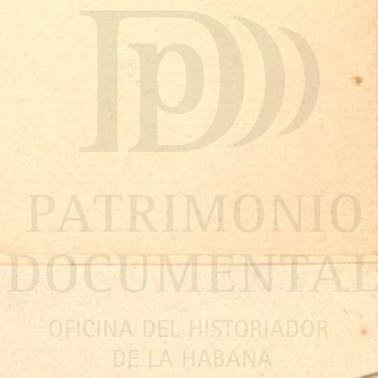
II.—Su corroboración en las fases históricas: 1ª fase: protoplasma: insolidaridad independiente; germen: discordia étnica; desarrollo: valor defensivo y espíritu guerrero, no militar.

I

Los estudios sobre el carácter ibérico hasta ahora publicados pueden clasificarse en tres grandes grupos:

- 1) afirmaciones de soslayo;
- 2) aspectos parciales;
- 3) exégesis totales.

Integran el primero ciertos relatos de viaje y algunas obras de índole predominantemente literaria, que con unos cuantos adjetivos pretenden haber cumplido con la psiquis y el ethos de un pueblo en varios siglos de evolución. Por pura curiosidad—y nada más—deben consultarse tales interpretaciones.



El segundo lo forman muchas monografías y múltiples ensayos de muy diversa orientación. Conviene leerlos teniendo muy fijo en la mente uno de los pocos prejuicios que no degeneran en perjuicios: el de que se trata de la observación de fenómenos particulares que tienen su lugar obligado y su momento oportuno; pero que no deben elevarse a la categoría de integrales.

Constituyen el tercero un escaso número de libros que se asoman al vasto y complejo panorama de la psico-ética social y lo interpretan subordinando todas sus características a una esencial y comprensiva. Con todos sus defectos, este procedimiento es el más recomendable, porque no puede negarse, por vía de ejemplo objetivador, que cada edificio se compone de varios materiales; pero tiene—a menos que sea arbitrario disparate arquitectónico—un estilo predominante. A ese tipo pertenecen las obras de un argentino de origen francés (Bunge), de un norte-americano de procedencia judaica (Frank) y de un español de visión europea (Madariaga).

Para Carlos Octavio Bunge (“Nuestra América”) la idea madre del espíritu ibérico es la arrogancia, que él examina en sus formas primitivas, clásicas, medievales, modernas, decadentes y degenerativas. La impresión que produce ese recorrido evolutivo es la de que tiene un origen muy literario y un desarrollo bastante forzado. La arrogancia es una calidad muy externa y secundaria para que pueda tomarse como punto partiente y llegante en la pista etográfica de un pueblo.

Waldo Frank (“España Virgen”) nos presenta una sinfonía compuesta de voces poemáticas y de instrumentos ideológicos. En las palabras explicativas que revelan el intento de su creación advierto que este discípulo de Spengler pretende seguir otro camino: el de una nueva interpretación filosófica de la Historia, la cual cristalizará algún día en obras de contenido más general; porque, en efecto, todas las nacionalidades modernas son “unidades complejas” y “algunos de los elementos que las integran son conocidos generalmente con los términos de clima, geografía, hechos históricos, literatura, modales, costumbres, leyes y arte”, y muchas de ellas “contienen todos esos elementos de una manera inmediata, lo mismo que un cuerpo contiene sus órganos”. Genéricamente hablando hay que suspender el juicio sobre el pensamiento todavía indeciso

de Frank; específicamente hay que contemplar, con una atención que trate de sobreponerse a las leyes de esa facultad psíquica, el devoto fervor con que él se acerca a los tipos y paisajes del alma española.

El método que utiliza Salvador de Madariaga (“Ingleses, Franceses, Españoles”) es el comparativo. No es éste el lugar dónde preguntarnos porqué Madariaga escoge precisamente esos tres valores representativos de la cultura europea; pero sí el de afirmar que él no puede ofrecer *la pasión* como cualidad distintiva del español frente a cualquier otro tipo meridional.

Meditando sobre este problema en busca de una solución más concorde con mis dudas, he creído encontrarla en la idea directriz contenida en el epígrafe de este capítulo. Es una tesis que podrá ser fallada adversamente; pero que tiene por testigos presenciales y fidedignos a la Geografía, la Etnografía y la Filología Comparada y por prueba documental a la Historia.

Comenzaremos el juicio tomándole declaración a la primera, que *muestra* un mapa de la península ibérica, con el cual *demuestra* que en muy pocas tierras se observan fenómenos físicos tan heterogéneos. Presenta la Península la forma de un enorme promontorio, que tiene al centro su altura más elevada (meseta de Castilla y Extremadura), desde la cual descende el suelo por la parte oriental hasta el Mediterráneo y por la occidental hasta el Atlántico. Existe también otra inclinación de norte a sur desde la base de los Pirineos cantábricos al Guadalquivir.

Esa morfología peninsular está modificada a su vez interiormente por el sistema orográfico. Las dos cordilleras principales son la Pirenaica al norte en dirección de este a oeste, y la Ibérica que, partiendo de aquélla, toma una orientación casi perpendicular (NO a SE) hasta que, ya cerca del Mediterráneo, por el límite de Andalucía, parece desviarse al oeste, integrando otra cordillera, la Penibética, que termina en el cabo de Tarifa. Algunos geógrafos representan las dos líneas primeras como formando una gigantesca T, cuyo palo vertical no fuese recto, sino tortuoso e irregular, pues no consiste en realidad en una continuación de montañas, sino en una distribución alternada de picos, cortados por páramos y llanuras elevadas; en tanto que el palo horizontal limita con Francia y extendiéndose muy cerca del mar forma la



zona estrecha en que residen los vascos, los cántabros y los astures, finalizando en la expansión que comprende las provincias gallegas y el norte de Portugal.

Tal disposición orográfica determina esta división regional: la cantábrica, al norte, entre los Pirineos y el mar; la mediterránea, al oriente, que parte del nacimiento del Ebro y termina en el límite entre Andalucía y Murcia, comprendiendo Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia y parte de la Mancha; la del SE., que empieza en la cordillera penibética y finaliza en el Mediterráneo, abarcando las provincias actuales de Almería, Málaga, parte de Granada y parte de Cádiz; y la occidental, que comprende todo el resto de España, desde el límite entre Asturias y Santander hasta el cabo de Tarifa y la costa atlántica. Esta región occidental se caracteriza interiormente por tres cuencas, separadas por otras tantas cordilleras principales: de norte a sur la Carpeto-Vetónica, que divide Castilla la Vieja de la Nueva y Extremadura, terminando en Portugal con la sierra de la Estrella; la Oretana, que recorriendo las provincias de Cuenca, Toledo, Ciudad Real, Cáceres y Badajoz, finiquita también en Portugal; y la Mariánica, que delimita a Castilla y Extremadura de Andalucía. De la relación que se establece entre el sistema orográfico y el hidrográfico resultan cuatro grandes valles: el del Duero, entre el Pirineo y la Carpetana; el del Tajo, entre la Carpetana y la Oretana; el del Guadiana, entre la Oretana y la Mariánica; y el del Guadalquivir, entre la Mariánica y la Penibética. Por último, de la parte oriental de la Ibérica, varios brazos fraccionan la región Mediterránea en cuencas, destacándose la del Ebro, a cuyo extremo sur las prolongaciones del nudo de Albaracín dificultan el paso entre Aragón y las otras comarcas del sur y el este.

La elevación de las tierras en el interior, la configuración desigualmente ondulada del prolongado litoral, las enormes quebraduras de las montañas, la influencia de vientos muy distintos provenientes del Atlántico, del Mediterráneo y del vecino continente africano son, entre otras, las causas de la heterogeneidad climatérica. Ellas determinan que ciertos lugares (la estrecha zona septentrional y las costas de Galicia) sean húmedos y relativamente tibios; que otros (las provincias del Mediodía) tengan una temperatura muy cálida, solamente interrumpida por lluvias

eventuales y aturbonadas; que en la extensión oriental de las mojadadas por el Mediterráneo el calor máximo se aúne a la sequedad extrema en corta parte del año, mientras la más larga de él de-curse bajo una atmósfera bonancible y templada; que se caracte-ricice por su extremado rigor el clima de la cuenca y planicie del centro.

E introduciéndonos en lo que constituye, en su sentido natural—a mi juicio—una rama de la Geografía como cualquiera otra: el Paisaje, los que—limitados hasta el presente en nuestros más vivos anhelos por razones ajenas a este análisis—no podemos transmitir sensaciones experimentales directas, nos basta sin embargo con extraerles a las interpretaciones librescas (26) la pulpa sintética para afirmar la heterogeneidad del paisaje ibérico. ¿Cómo pueden identificarse, en efecto, el norte, de montañas brumosas, llenas de vaguedad y melancolía; con el centro, gris, calmazo, larga y uniformemente plano, cargado de sequedad y aridez; o con el sur—todo luminosidad en el cielo, todos los verdes en la tierra, toda la alegría entre uno y otra?

Si la Naturaleza—con regiones geognósticamente diversas, con cuencas hidrográficas separadas por altas cordilleras y cortadas por ríos no navegables en casi todo su curso, con manifestaciones climatéricas muy distintas, con tipos de paisaje muy variados—parece escribir por todas partes y en gruesos caracteres la palabra *Heterogeneidad*, ¿cómo han de leerla la composición y evolución humanas?

La Etnografía comparecerá para declarar con breves palabras. Ella dividirá la organografía ibérica en siete comarcas separando y apartando a la pequeña Euskaria (2 mesetas: la del norte y la del sur; 2 depresiones: la del Ebro y la del Guadalquivir; 3 vertientes: la occidental del Atlántico, la septentrional del Cantábrico, la oriental del Mediterráneo) y observará que a cada una de ellas corresponde una variedad étnica: a la meseta del nor-

(26) Julio Cejador y Frauca: "Tierra y Alma Española"; Azorín: "Los Pueblos", "España", "El paisaje de España visto por los españoles"; Manuel Gálvez: "El Solar de la Raza"; Miguel S. Oliver: "Hojas del Sábado", tomo VI; Salvador de Madariaga: "Semblanzas Literarias Contemporáneas"; Waldo Frank: "España Virgen"; John Dos Passos: "Rocinante vuelve al camino".



te el tipo castellano viejo y el leonés; a la meseta del sur el tipo castellano nuevo y el extremeño; a la depresión del Ebro el tipo aragonés, el riojano y el navarro; a la depresión del Guadalquivir el tipo andaluz y el murciano; a la vertiente occidental atlántica el tipo lusitano y el gallego; a la vertiente septentrional cantábrica el tipo cántabro; y a la vertiente oriental mediterránea el tipo provenzal-ibérico o levantino.

En términos muy parecidos declarará la Filología Comparada: "El castellano viejo, castizo tronco de la filología ibérica, se habla con igual pureza y con idéntica gravedad se pronuncia en toda la cuenca del Duero; esta habla sufre ya algunas modificaciones de sintaxis, y principalmente ciertas alteraciones ortológicas, como aspiraciones de la *h*, ceceos o seseos, y apócope o elisiones finales lo mismo, y con análogo estilo, en Castilla la Nueva que entre los extremeños; el dialecto aragonés, tanto en sus modalidades léxicas, cuanto en el tono de jeso y enérgico de su pronunciación, es común, salvo matices no esenciales, a aragoneses, navarros y riojanos; el andaluz, tan movido y lleno de arabismos, es la lengua de toda la cuenca bética y de la pequeña vertiente meridional; ya oportunamente dijimos que gallego y portugués eran dos dialectos hermanos y de común estirpe, debiendo, sin duda, agregárseles el musical verciano; desde la divisoria palentino-leonesa hasta el Cantábrico surge un nuevo dialecto que, aún en medio de sus tres variedades principales, el bable, el asturiano y el montañés, ofrece como caracteres comunes los muchos latinismos de su estructura y el canturrioso estilo de su habla; en cuanto al provenzalismo peninsular, sabido es que se extiende por toda la vertiente levantina con sus dos sub-dialectos, catalán y valenciano; y, en fin, notorio parece que la antiquísima lengua vasca hállase hoy limitada a las tres provincias hermanas (no enteras) y una pequeña región noroeste de la provincia de Navarra" (27). Y antes, en y después del juicio tenemos la mejor prueba documental en el voluminoso proceso histórico. Examinando sus legajos veremos las distintas fases por que atraviesa la heterogeneidad ibérica.

(27) Ricardo Macías Picavea: "El Problema Nacional" (Madrid, 1899), págs. 113 y 114.

II

La posición geográfica de la península ibérica, unida a Europa por los Pirineos, casi unida al Africa por Gibraltar, abierta por grandes extensiones de costas indefensas al Mediterráneo, al Atlántico y al Cantábrico, la convertía en territorio singularmente propicio—convidante—para todas las invasiones. Fué la primera la de los Iberos, raza sobre cuya clasificación antropológica cayó el escepticismo investigador del siglo XIX, abrumándola de dudas, hipótesis y criterios vacilantes. Sin embargo, a fines de esa centuria y comienzos de la actual prevalece entre los más serios historiógrafos la convicción del origen bereber (28), basada en la semejanza de la organización social: el clan, la tribu; asentada en el parecido de la constitución política: el gobierno local; cimentada en la afinidad ética de un altivo, enérgico e insolidario sentimiento de independencia.

Ese es el protoplasma histórico de la heterogeneidad ibérica que germina en una discordia étnica con los sucesivos invasores—celtas, fenicios, griegos, cartagineses—, la de más alta tensión humana, no superada por las que tienen su génesis en la disimilitud de creencias religiosas, en la diferencia de sistemas políticos o en la exclusión de móviles económicos.

Tal discordia étnica—único foco que me alumbra entre las nebulosidades en que se pierden los investigadores de la época preromana (29)—; constantemente propiciada por la Naturaleza, destacó, entre multitud de fenómenos secundarios, uno principal: el valor defensivo; y, entre varios aportes transitorios a la ética posterior, determinó uno permanente: el predominio del espíritu guerrero sobre el espíritu militar, distinción apuntada por Guicciardini hace cuatro siglos y puntualizada por Ganivet en la pasada centuria: “Los términos *espíritu guerrero* y *espíritu militar* sue-

(28) Oliveira Martins: “Historia de la Civilización Ibérica”; Altamira: “Historia de España y de la Civilización Española”; Hume: “Historia del Pueblo Español”.

(29) Joaquín Costa tuvo la paciencia curiosa (“La Religión de los Celtíberos y su Organización Política y Civil”—Madrid, 1917, págs. 41, 42 y 43) de entresacar párrafos demostrativos de ese fenómeno en historiadores de los distintos sectores: eclesiásticos, políticos, literarios, etcétera.



len emplearse indistintamente, y, sin embargo, yo no conozco otros más opuestos entre sí. A primera vista se descubre que el espíritu guerrero es espontáneo y el espíritu militar reflejo; que el uno está en el hombre y el otro en la sociedad; que el uno es un esfuerzo contra la organización y el otro un esfuerzo de organización. Un hombre armado hasta los dientes va proclamando su flaqueza cuando no su cobardía; un hombre que lucha sin armas da a entender que tiene confianza absoluta en su valor; un país que confía en sus fuerzas propias desdeña el militarismo, y una nación que teme, que no se siente segura, pone toda su fe en los cuarteles. España es por esencia, porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar." (30)

La ulterior evolución histórica confirma en los hechos trascendentalmente decisivos el fenómeno que se acaba de señalar.

La resistencia de Sagunto ofrece el primer tipo importante de espíritu guerrero. Frente a la férrea organización, el sentido táctico, el cálculo estratégico de los ejércitos mandados por Aníbal, los saguntinos opusieron valor denodado, voluntad intransigente, resistencia inconcebible por lo desatinada y heroica y, por último, hasta el suicidio colectivo. Análogas características presentan los numantinos frente al sitio de los formidables ejércitos de Pompeyo, Mancino y Escipión. La insurgencia de grupos pequeños y aislados, que conociendo el terreno se aprovechaban de sus accidentes, que resurgían cuando se les consideraba definitivamente vencidos, con sorpresa de los mejores estrategas romanos, impidió que la conquista de éstos no terminara sino tres siglos después de haberla comenzado.

Durante la Reconquista abunda el tipo del guerrero (el Cid es el más destacado) que no recibe inspiraciones de ninguna entidad, que no obedece órdenes de ningún organismo, que actúa por su cuenta y riesgo y que pelea cómo y cuando le place, desertando unas veces y pactando otras con los árabes.

Realizada la unidad nacional, al desatarse la política de los Austrias en ambiciones imperialistas, las armas ibéricas no concibieron más que organismos tan simples como la *compañía* y el *tercio*. Tipo representativo de esas concepciones bélicas no podía ser más que un capitán, aunque fuese grande: el Gran Capitán,

(30) "Idearium Español" (Madrid, 1923), pág. 47.



cuya táctica para combatir las grandes organizaciones militares era la defensiva, unida a los ataques aislados y a los movimientos rápidos y sorpresivos; en una palabra: la guerra de guerrillas, que solamente pudieron mantener triunfante los conquistadores en América ante la total ignorancia de los indígenas, porque una de las causas principales de la disminución del poderío ibérico en Europa fué, a no dudarlo, su inadaptación a los avances *militares* de la Belicología, sobre todo desde que el marqués de Louvois le señaló nuevos y más seguros derroteros.

Y cuando totalmente eliminado de Europa, el combativo genio ibérico se defiende de nuevo dentro del propio territorio, aunque esta vez contra la agresión napoleónica, la hazaña del 2 de Mayo y las defensas de Gerona y Zaragoza nos ofrecen—entre otros—abundantes testimonios del impulso arrebatado, de la temeridad incontenible, del poco cálculo y la ninguna preparación que distinguen al espíritu guerrero del espíritu militar; y reciben la herencia en ese momento histórico dos caudillos improvisados que suplen con el instinto la falta de capacidad técnica: el uno—Francisco Javier Mina—deja las aulas a los 19 años para tomar el fusil; el otro—Juan Martín Díaz (El Empecinado)—abandona las faenas agrícolas para empuñar la espada; ni uno ni otro cuentan el número ni calculan la fuerza de los ejércitos que combaten; uno y otro son maestros en el arte de las emboscadas.

Y, por último, cuando expulsado del continente americano ese contendedor espíritu ibérico, se impulsa de nuevo en las luchas civiles por la ocupación del trono, ¿qué son, sino estupendos guerrilleros, todos los jefes de estos movimientos, desde Zumalacárregui hasta Martínez Campos?

(Continuará.)

